La lengua: espejo de la identidad

Wilmer Zambrano Castro*

Una lengua es la base de la construcción y expresión de la cultura de sus usuarios. La identidad que éstos se fabrican está íntimamente ligada a la palabra que puedan decir en ese código particular. La lengua que usamos es, en definitiva, la que nos da nuestra personal visión del mundo que manifestamos y nos caracteriza.

Un uso en particular de la lengua permite que seamos aceptados por una comunidad, grupo, sector o persona en específico, que éstos nos den y exijan lo mismo que a los otros. El hablar de cierta manera nos facilita las cosas en lo que respecta a las relaciones con quienes nos rodean. *"Cuando hablo así influyo sobre los demás, hago que me acepten y me favorezcan",* pareciera ser el razonamiento instintivo del hablante, hecho comprobable desde el punto de vista de la experiencia cotidiana. La adaptación lingüística debe entenderse como parte del instinto de supervivencia. Adecuar nuestra forma de hablar al entorno para identificarnos con éste, va en concordancia con la vieja teoría evolucionista que –muy condensada aquí– sostiene que no sobreviven necesariamente los más fuertes sino los que mejor se ajustan a los cambios de su medio.

Para el establecimiento de nuestra identidad, esto es, de esa sensación de pertenencia a un determinado grupo, la lengua juega un papel de primer orden pues es la unidad que determina y favorece en nosotros la sensación de que haya una variedad lingüística propia y característica de nuestro grupo, que a su vez, nos distingue de los demás. Incluso, pudiéramos pensar que la identidad haya sido uno de los factores determinantes para el surgimiento de las distintas lenguas y dentro de éstas, de los distintos dialectos y jergas. Incluso, muchos autores afirman que la construcción de la identidad sea una de las principales funciones del lenguaje (Álvarez, 1999:3).

El tratar de identificarnos con determinado sector social (generalmente el más fuerte, o lo que es igual, el que mayores posibilidades de éxito tiene u ostente el poder) es, más que cuestión de gusto, una necesidad,